

sobre Sacristán afirma Domènech: «¿Dónde están los Jaures, los Mehring, los Gramsci españoles? No hay nada parecido en el anarquismo y en el socialismo español del cambio de siglo. Es verdad que la clase obrera y la plebe española han demostrado una combatividad y un arrojo extraordinarios. Pero la educación de sus intelectuales, cuando no precaria, fue, como es harto sabido, más liberal que socialista en el sentido europeo corriente de estos términos» («Acercas de Manuel Sacristán», p. 455).

En esta misma conversación Domènech recuerda las palabras de Araquistain: «El socialista Luís Araquistain lo expresó hace ya muchos años con certera crueldad: en España los que quieren no saben y los que saben no quieren» (p. 456). Como es sabido, el Araquistain del exilio vive con gran amargura tanto el abandono de las democracias europeas como el papel de la Rusia de Stalin en la guerra civil española, lo que le lleva a una abjuración de todo el proceso de radicalización de los años treinta. En esa época reniega de toda la producción teórica de la revista *Leviatán* y afirma: «Algunos amigos y yo marxistizamos un poco en la revista *Leviatán* durante dos o

tres años de la República, pero sin entrar muy a fondo en el tema y más bien con propósito de vulgarización. En suma de verdaderamente original nada» (L. Araquistain, *El pensamiento español contemporáneo*, Losada, Buenos Aires, 1962).

Así como los hay excesivamente indulgentes consigo mismos, en el caso de Araquistain nos encontramos con el fenómeno contrario. La revista tuvo una gran calidad teórica, pero en el «Siglo de los extremos» este esfuerzo de reflexión no fue suficiente, sin embargo, para evitar la tragedia y la derrota. Para conocer la evolución del pensamiento de Araquistain en el exilio es imprescindible el libro de J.F. Fuentes, *Araquistain (1939/1959)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.

11. P. de Silva, «Francisco Largo Caballero» en el libro *Cara y cruz* (con Fernando Suárez), Ediciones B, 2004.

12. Sobre la personalidad de Azaña es de gran interés el trabajo de Fernando Morán en el libro *Manuel Azaña. Cara y cruz* (con Juan Vclarde), Ediciones B, 2003, especialmente el epígrafe «Un Ilustrado en una época revolucionaria».

FRATERNIDAD Y SOCIALISMO

Jaime Pastor
UNED

El trabajo que nos presenta Antoni Domènech en esta obra está dedicado, como él mismo adelanta en el prólogo, a proponer «una revisión republicana de la tradición socialista». El resultado de ese esfuerzo, es una aportación original que debería contribuir a reanimar un debate ideológico y político todavía bastante pobre y condicionado por miradas muy «ortodoxas» respecto del pasado.

Su tesis de que habría que «entender la tradición socialista como terca continuadora de la pretensión democrático-fraternal de civilizar el entero ámbito de la vida social», se apoya en un largo recorrido histórico-ideológico que parte de la rei-

vindicación de la idea original de *democracia* como «el fantasma espectral de la irrupción de los pobres libres en el escenario político», para fusionarla luego con el programa democrático-fraternal jacobino y su asunción posterior por el socialismo, las revoluciones de 1848, 1871, 1917 y la UHP asturiana de 1934. Como nos ha ocurrido otras veces con *De la ética a la política* y otros trabajos del mismo autor, la lectura de esta obra está llena de reflexiones y llamadas de atención sobre textos y acontecimientos que, aun siendo archiconocidos en muchos casos, se nos presentan con una mirada distinta y sugerente, asociada al hilo argumental de todo

el trabajo. Así ocurre no sólo con las referencias al debate en la Grecia clásica sobre la democracia sino también a la evolución de la socialdemocracia o de la Internacional Comunista.

No puedo ocultar mi simpatía con muchas de las partes de este trabajo tanto en lo que se refiere a la necesidad de seguir propugnando una estrecha asociación de la idea de «emanciparse», con la de «hermanarse» como en lo concerniente al balance crítico del socialismo y del comunismo. Me gustaría, no obstante, entrar en algunos puntos especialmente polémicos que me sugiere su lectura.

En primer lugar, comparto plenamente la concepción subyacente a «la pretensión democrático-fraternal» y a la necesidad de que la acción socialista tiene que ir dirigida a erradicar cuatro tipos de despotismo básicos: el patriarcal-doméstico, el del patrón sobre el trabajador, el burocrático-estatal y «la descivilización de la propia sociedad civil que se produce por consecuencia de la aparición, en el contexto de mercados ferozmente oligopolizados, de grandes poderes económicos privados, substraídos al orden civil común de los libres e iguales».¹ Como muy bien dice Domènech, «esa lucha sigue viva» y «el futuro está abierto». La explicación de cómo los conflictos en torno a esas distintas esferas de injusticia se han ido desarrollando a partir de la crisis de las monarquías absolutas y de la nueva legitimidad surgida de la Revolución Francesa es enormemente rica y, como ya he comentado antes, apoyada en hechos e incluso anécdotas a las que apenas se había dado relevancia hasta ahora.

Considero, sin embargo, que en la crítica que hace el autor a la utilización que hace Carole Pateman de la metáfora de la «fraternidad» para rebatir la teoría del contrato social de John Locke hay dos planos distintos. Hay uno en el que estoy

sin duda de acuerdo con él: en la teoría liberal de ese pensador no hay mención alguna a esa idea de fraternidad, por lo que no tiene sentido la asociación de la misma con él. Pero pienso que pese a ello podemos coincidir en que sí está plenamente justificada la crítica que hace Pateman a la tesis lockeana como patriarcal y sexista cuando afirma en el mismo artículo citado por Domènech que «The contract is made by brothers, or a fraternity. It is no accident that fraternity appears historically hand in hand with liberty and equality, nor that it means exactly what it says: brotherhood».² Es esa asimilación inicial entre «fraternitas» y «brotherhood», o hermandad exclusivamente masculina, la que aparece adoptada inicialmente en la Revolución Francesa y la que es cuestionada por mujeres que participan en ella, como recuerda el propio Domènech, para terminar influyendo en la reconsideración de la misma por Robespierre y verse finalmente frustrada por la contrarrevolución; es esa limitación la que creo que denuncia Pateman por considerar que refleja un lenguaje excluyente y por el peso que esto tuvo posteriormente en el movimiento socialista y comunista mediante su tendencia a subordinar la lucha por la emancipación de las mujeres a la de la clase trabajadora. Es en la necesidad de encontrar un lenguaje más adecuado, ya sea «hermandad» en castellano o «solidaridad» en otras lenguas, libre de cualquier equívoco, en lo que han puesto el acento muchas feministas. Pero más allá de esta diferencia sobre el uso de la metáfora no parece que haya divergencias de fondo entre un feminismo socialista y la tesis que sostiene Domènech, sobre todo cuando ambas partes coinciden en reivindicar el papel de mujeres como Olympe de Gouges en plena Revolución Francesa para desbordar el marco estrecho masculino de la «fraternitas».³

En segundo lugar, una cuestión que me parece muy controvertida es la interpretación de los factores que influyeron en el fracaso de la socialdemocracia de la Segunda Internacional. Domènech atribuye un papel fundamental al peso que tuvo «el ideograma central de los “dos mundos”», ya que «cualesquiera que fueran sus otros méritos, contribuyó sin duda a aislar a la clase obrera industrial del resto del pueblo trabajador y a incapacitarla para ofrecer al conjunto de la sociedad una alternativa emancipatoria realista y creíble a la “forma capitalista” de la industrialización» (p. 160). Más adelante, sin embargo, en el capítulo 5 el autor entra en los problemas que afronta esa misma socialdemocracia en vísperas de la Primera Guerra Mundial y los debates internos entre Jaurès y Bernstein; o en las críticas que hace Rosa Luxemburg a la «ortodoxia marxista socialdemócrata», sin faltar tampoco la mención al proceso de oligarquización de las organizaciones obreras denunciado por Michels. Todo esto matiza lo primero pero no he encontrado una recapitulación de esos distintos factores en la conclusión final.

Desde mi punto de vista, el balance de la crisis de la socialdemocracia en 1914 se debería situar principalmente en lo que el mismo Domènech comentó hace tiempo en revistas como *Mientras Tanto*: en realidad, el movimiento obrero y la socialdemocracia alemana se desarrollaron bajo la influencia de unas ideas «lassalleanas» basadas en un fetichismo del Estado, tan firmemente criticado por Marx, lo cual les condujo a un proceso creciente de institucionalización e identificación con el Estado-nación alemán y a la subordinación al mismo de ese «mundo del trabajo» que durante tanto tiempo habían construido. Fueron tesis como el «fatalismo optimista» kautskiano y la revisión bersteiniana de la afirmación marxista de

que «los obreros no tienen patria» las que expresaban ideológicamente una involución práctica que no ayudó a que ese «mundo del trabajo» fuera capaz de resistir la tendencia a apoyar las aventuras coloniales y la militarización del Estado alemán. Ello no impide negar las limitaciones que pudo tener la socialdemocracia para ampliar sus alianzas sociales y políticas, pero considero que ello se debió más bien a que finalmente la clase obrera organizada terminó dilapidando la autonomía conquistada desde su «mancomunidad» al no haber logrado construir su propia contrahegemonía social, política y cultural frente a la «alianza nacional-imperial» forjada desde arriba.

Comparto plenamente la descripción que hace Domènech del contraste entre Bernstein y Jaurès, una figura bastante olvidada incluso en su propio país. Es precisamente este socialista francés el contraejemplo de la utilización de las ideas de nación y democracia en un sentido distinto al del socialista alemán, reflejado en su firme oposición a los preparativos de la guerra de 1914 y en su insistencia en la necesidad de completar la democracia política con la democracia social. Sus propuestas en el Congreso del Partido Socialista Francés y en la Segunda Internacional aparecen como un intento de síntesis entre reformistas y revolucionarios de enorme interés incluso para los debates actuales.⁴

No puedo tampoco dejar de expresar mi acuerdo con el reconocimiento de la aportación pionera de Trotsky (desde 1906 y no 1910) a la comprensión de las implicaciones que tenía la entrada época imperialista —con la teoría del desarrollo desigual y combinado del capitalismo a escala global— para rebatir el «optimismo progresista» de la socialdemocracia, así como con la crítica a una visión obrerista de Rosa Luxemburg que le impidió com-

prender la fuerza de los sentimientos nacionales en su propio país o en Rusia.

La mirada personal que nos ofrece Domènech sobre la evolución de la Tercera Internacional está también llena de coincidencias con la visión que desde un marxismo heterodoxo ha insistido en los elementos de discontinuidad entre el período «leninista» y el que condujo finalmente a la consolidación del stalinismo. Su valoración del discurso y el programa que Lenin propone en el II Congreso de la IC en 1920 como una recuperación de «la tradición democrático-social revolucionaria del marxismo originario» me parece acertada, así como la importancia que otorga al Tercer Congreso de la Internacional Comunista y a la propuesta que en el mismo se hace de una política de Frente Único como manifestación de un verdadero giro en la estrategia diseñada por Lenin y Trotsky. Sin embargo, a continuación, cuando el autor hace referencia a los casos británico o francés, la pregunta que se hace es por qué Lenin no propone la necesidad de alianza con partidos políticos teóricamente representativos de la pequeña burguesía rural o urbana (página 286). Es en la controversia sobre esta cuestión donde parece resurgir el «ideologema de los dos mundos» criticado por Domènech, ya que, si le interpreto bien, esto habría impedido poder dirigirse al conjunto del *demos*.

Para responder al interrogante mencionado creo que habría sido interesante que Domènech hubiera integrado en su reflexión los debates suscitados dentro de la socialdemocracia rusa sobre el concepto de «gegemoniya» (hegemonía), a partir de unos escritos de Plejanov en 1883-1884, luego recogidos y desarrollados ampliamente —y no siempre con claridad— por Antonio Gramsci. Perry Anderson aportó un interesante trabajo al respecto proporcionando una historia de ese concepto y

destacando lo que definió como «las anti-nomias de Gramsci».⁵ En realidad, el marxista italiano extraña las lecciones de los errores ultraizquierdistas de la Internacional Comunista en la lucha contra el fascismo para reivindicar una fusión de la idea del Frente Único con la «actividad hegemónica» que debe dirigirse a otras clases potencialmente aliadas pero no a toda la sociedad. La respuesta que se intenta dar a partir de ese concepto es, por tanto, que la alianza a construir desde las organizaciones del movimiento obrero no se ha de plantear mecánicamente en relación con los partidos políticos que dicen representar a las «capas medias» sino en términos socio-políticos y culturales en torno a programas de acción comunes; es decir, como lucha por la hegemonía en la «sociedad civil» por ganar a esas capas —y sólo como consecuencia de ello a sectores de esos partidos—; pero, además, esa labor sólo podría llegar a culminar con éxito en el caso de que se dieran situaciones de dualidad de poder en las que esas capas tendrían que elegir de qué lado se pondrían: con los consejos y comités obreros y populares, o con el Estado y la clase dirigente. La diferencia de Gramsci con Trotsky, por ejemplo, estaba más bien en la reticencia a trasladar el «modelo ruso» a «Occidente» y en la insistencia en que ese trabajo de «Frente Único» o de «guerra de posiciones» iba a tener que ser de largo alcance y no con una perspectiva insurreccional a corto plazo. Es ahí donde creo que conceptos como «bloque histórico» y reflexiones como la que el mismo Gramsci hizo sobre la «cuestión meridional» permitían superar una visión estrechamente obrerista.

Fue la tendencia a oponer la hipótesis estratégica «consejista» frente a cualquier alianza electoral con partidos «pequeño-burgueses» la que pudo llevar quizás a rigideces tácticas en más de un caso, como

le pudo ocurrir a Trotsky con el POUM y el Frente Popular.⁶ Pero no hay que olvidar que esta última estrategia fue concebida en el VII Congreso de la Internacional Comunista como una apuesta alternativa a la del Frente Único, ya que debía estar orientada a la alianza no sólo con las burguesías «democráticas» sino, sobre todo, con las grandes potencias occidentales que exigían el compromiso de Stalin de no rebasar los límites establecidos en su lucha contra el nazismo y el fascismo.

Hay que tener en cuenta, en fin, que nos estamos refiriendo a una época histórica en la que la «actualidad de la revolución» aparecía periódicamente como un horizonte alcanzable y ello condicionaba los debates y, por desgracia, la mala resolución de los conflictos dentro de la izquierda. A ello habría que añadir que el balance histórico que cabe extraer es que precisamente porque, a diferencia de las revoluciones burguesas, es imposible pensar en que la clase obrera sea hegemónica en la sociedad antes del estallido de situaciones revolucionarias, es sólo en éstas cuando se ha hecho posible la inclusión del conjunto del demos dentro de un proyecto de transformación social y solidario; aunque luego la relación de fuerzas a escala internacional, la brutal represión interna o, en caso de triunfo, los procesos «thermidorianos» posteriores acabaran frustrando esas oportunidades. Es a la luz de éstos y otros factores —en particular, el desigual desarrollo de esas situaciones en el interior de un país— como habría que interpretar la admirable capacidad de autoorganización obrera y popular que se da en determinadas coyunturas históricas y, al mismo tiempo, el trágico desenlace de lo ocurrido en movimientos como el de octubre de 1934 en Asturias, según nos recuerda el autor mediante su reivindicación de la UHP, o en mayo de 1937 en Cataluña.

Puede parecer ociosa para personas lectoras de estas páginas la discusión sobre estas cuestiones pero, por mucho que hayan cambiado las cosas en los últimos tiempos, es evidente que tienen que ver con el problema fundamental que plantea Domènech: ¿cómo una izquierda radical que no acepta «la resignada visión del sistema como irrebable» se plantea una estrategia de inclusión del conjunto del demos que permita volver a poner de actualidad la necesidad de la revolución? La respuesta a esta pregunta ha sido más desarrollada en una entrevista posterior hecha al autor y coincido en lo fundamental con ella: tras la distinción entre una izquierda radical y otra moderada, viene a proponer que «los radicales debemos seguir el viejo consejo de la gran Rosa Luxemburg, no contraponer estérilmente “Reforma” y “Revolución” sino tratar de sumar la segunda a la primera, apoyar y servirnos de los avances moderados, para hacer avanzar con firmeza y con inteligencia causas moral y políticamente más radicales; por su parte, los moderados tienen la obligación moral de luchar contra la criminalización indiscriminada de los radicales que intenta la derecha. E independientemente de las obligaciones morales, debería interesarles hacerlo: a estas alturas, todos deberían saber que no hay reforma mínimamente seria que pueda prescindir de la creciente capacidad de movilización y de presión del movimiento antiimperialista y antiglobalización».⁷

Para esa tarea, la cual debería basarse con mayor razón que en el pasado en una nueva dialéctica entre autoorganización social y representación partidaria e institucional que recupere la centralidad de la primera, comparto la tesis fundamental de Domènech: la necesidad de recuperar la idea de democracia como aglutinante de la lucha contra todas las formas de despotismo, incluido también el que nuestra es-

pecie ejerce sobre la naturaleza. El problema central está en que ni siquiera hoy se puede pensar en la polarización entre «los dos mundos» a los que se refiere Domènech, ya que junto al proletariado «clásico» se desarrolla cada vez más la figura social creciente del «precariado» o lo que en el Sur se conoce como «proletariado informal» o «pobretariado», haciéndose así más compleja y difícil la convergencia entre «integrados» y «excluidos». Pero no deja por ello de ser necesaria la recons-

trucción de una nueva «economía moral de la multitud» que permita insertar una concepción republicana de la ciudadanía o demandas como la Renta Básica dentro de una estrategia ofensiva de superación del capitalismo en la que pueda llegar a reconocerse el demos.

Esperemos, pues, que el autor nos siga «provocando» de vez en cuando con obras como ésta, tan necesarias para encontrar alguna luz en los tiempos tan sombríos como los que estamos viviendo.

NOTAS

1. «Entrevista con Antoni Domènech. El doloroso olvido de la fraternidad», por Carlos A. Suárez, *El Periodista*, 18 de junio de 2004.

2. «The fraternal social contract», en John Keane (ed.), *Civil Society and the State*, Verso, Londres-Nueva York, 1988.

3. Para una recreación de ese momento histórico y del esfuerzo por lograr la «re-significación por parte de las mujeres del lenguaje revolucionario» me remito, por ejemplo, al capítulo IV titulado «Revolución francesa y crisis de legitimación patriarcal» de *Tiempo de feminismo*, de Celia Amorós, Cátedra, Madrid, 1997.

4. He abordado sucintamente el pensamiento de Jaurés sobre los temas de la guerra y la paz en el capítulo IV de *Guerra, paz y sistema de estados*, Libertarias, Madrid, 1990.

5. *Las antinomias de Gramsci*, Fontamara, Barcelona, 1978.

6. Puesto que Domènech critica con razón la excesiva acritud con que Trotsky alude a los dirigentes del POUM Nin y Andrade, conviene recordar que tras los acontecimientos revolucionarios de julio de 1936, y ante la expectativa (luego frustrada) de su viaje a Barcelona, Trotsky escribe una carta en la que muestra su voluntad de alcanzar un «acercamiento sincero y duradero» con ellos, ya que considera que no hay que dejarse llevar por «reminiscencias del período anterior» («Il faut surmonter les divergences passées», 16 de agosto de 1936, *La Révolution espagnole* (eds.), De Minuit, París, 1975).

7. Véase entrevista mencionada.

SOCIALISMO Y REPUBLICANISMO, DESDE LA FRATERNIDAD

Javier Peña

Universidad de Valladolid

La radicación histórica de la fraternidad

Han pasado más de diez años desde que Antoni Domènech comenzó a hacer públicas sus reflexiones e indagaciones so-

bre la noción de fraternidad¹ hasta la aparición de *El eclipse de la fraternidad*. Que, por cierto, no es tanto un libro sobre la fraternidad como un libro escrito desde la idea de fraternidad. Pues la tarea llevada a cabo en estas páginas no es